

FLORENTINO RODRÍGUEZ OLIVA

*Tus ojos serán silencio*, de Carlos VADILLO BUENFIL. XXXI Premio Cáceres de Novela Corta 2006. Institución Cultural “El Brocense”. Diputación de Cáceres. 2007, Cáceres

---

Cuando las escasas páginas de una novela corta dicen tantas cosas y sugieren otras muchas más, la narración adquiere un tono poemático y se impregna de lirismo, de subjetividad y se convierte en confesión intimista, introspectiva, cargada de elementos simbólicos y de recursos lingüísticos muy comunes en la poesía. Sirva de ejemplo el cierre de la novela: una última frase endecasílabo y epifonemática (“Me voy tornando cada vez más mar”), expresión del acabamiento interior y de la elección de un destino sin retorno, en estrecha relación con el sentido de unos versos de Cesare Pavese, del poema “Vendrá la muerte y tendrá tus ojos”, que se citan al principio de la obra que reseñamos. *Tus ojos serán silencio*, de Carlos Vadillo Buenfil, ganadora del XXXI Premio de Novela Corta 2006, reúne las características apuntadas. En un viaje interior, que arranca del recuerdo y conduce a la nada, el anónimo narrador-personaje dirige a una ausente Bengala, la protagonista, varias epístolas motivadas *por* y llenas *de* materiales del recuerdo.

La historia sentimental se reconstruye y se estructura con fragmentos de otras historias que, a la vez, son parte de las vivencias que pone sobre el papel el remitente de las cartas. Éste elabora un relato de “sombras de muertos negándose al olvido”. De recuerdos se entreteteje esta historia, escrita en la soledad y en la lucha contra el olvido. De recuerdos y de sueños. Porque de eso se trata, de recurrir a la literatura para evitar la destrucción que supone la desmemoria, y, también, como medio de conocimiento para entender mejor las cosas.

La mirada, alternativamente, va del presente al pasado y en éste se demora y rescata las figuras que luchan por desaparecer. Y en todo, los

ojos de Bengala, la destinataria de la literatura epistolar que el narrador protagonista escribe para ella sin la certeza de que vaya a enviársela. No le faltan a la novela elementos oníricos y simbólicos, y entre todos ellos destaca la presencia del mar (que también “tiene apetencias de eternidad”), y otros componentes metafísicos y existenciales como la soledad y el silencio, el amor y la muerte. El texto se distribuye en secuencias (no se explicita en forma de carta) en tres, a veces cuatro, líneas estructurales, con las que se configura un relato atractivo y desazonante sobre un entramado lingüístico pulcro, rico, muy expresivo. Las cartas sobre el pasado, la reflexión desde el presente y algunas historias que pudieron suceder de otra forma a como se recuerdan, más el elemento descriptivo y sugeridor, perfilan una historia en la que los recuerdos (el pasado que se evoca), y el presente (la reflexión desesperanzada) nos inquietan y nos revelan, una vez más, las complejas y laberínticas honduras del alma. No es poco en cien páginas.

En la profundidad del mar, como en los ojos de Bengala, omnipresentes (ojos y mar) a lo largo de la novela, caben más los recuerdos malos que los “recuerdos hermosos”. Así es la vida, así es la novela, fragmentadas ambas, porque sólo conocemos fragmentos, porciones de las historias de los demás que son, al mismo tiempo, porciones de nuestra propia historia. El presente vacío y desolado (“nos habita el silencio”) se entretiene con el recuerdo (“estamos atiborrados de ensueños, cargados de ensoñaciones que como marejadas nutren nuestras costas desiertas”). Buceo interior, indagación en el alma, expresión de la angustia y de la soledad. Y al fin, liberación, pues en el horizonte se encuentra el mar (amado y apetecido), como un anhelo de amoroso acabamiento (“Este mar frente a mis ojos, como un sudario bienhechor y amado, se expande en su líquido, fugaz abrazo”).